



LA SORPRESA COMO EMOCIÓN:  
ENTRE EL SOBRESALTO Y LA HUMILDAD

Anthony J. Steinbock  
Southern Illinois University

Trad. Esteban Marín Ávila  
Universidad Autónoma Metropolitana

ABSTRACT

I consider the experience of surprise within the context of my current work on the emotions. To do this, I examine surprise in terms of its belief structure, distinguishing it from a startle (1). I then suggest that surprise is a being caught off-guard that is related to being attentively turned toward something (2). As the latter, I qualify surprise as an emotion in its being thrown back on an experience in a way that is different from affectively turning toward something (3). This constitutes surprise as a disequilibrium in distinction to a diremptive experience like we find in the moral emotions of shame or guilt (4). Finally, I distinguish surprise from a gift, which is peculiar to the experience of humility. I then suggest that surprise is an emotion while being neither an affect, like a startle-reflex, nor a moral emotion, like shame, guilt, or humility (5).

*Keywords:* Surprise | Phenomenology | Emotion | Belief | Startle-reflex | Humility | Gift

RESUMEN

Considero la experiencia de sorpresa en el contexto de mi trabajo actual sobre las emociones. Para hacerlo, examino la sorpresa en términos de su estructura de creencia, distinguiéndola de un sobresalto (1). Después sugiero que la sorpresa consiste en ser descubierto con la guardia baja que se relaciona con estar vuelto atentamente hacia algo (2). En vista de esto último, caracterizo la sorpresa como emoción en su arrojarse de vuelta sobre una experiencia de un modo que difiere del volverse afectivamente hacia algo (3). Esto constituye a la sorpresa como un desequilibrio que cabe distinguir de la experiencia de desgarramiento del tipo que encontramos en emociones morales como la vergüenza o la culpa (4). Por último, distingo la sorpresa de un don, que es algo peculiar de la experiencia de la humildad. Entonces sugiero que la sorpresa es una emoción que no es ni un afecto, como el reflejo de sobresalto, ni una emoción moral, como la vergüenza, la culpa o la humildad (5).

*Palabras clave:* Sorpresa | Fenomenología | Emoción | Creencia | Reflejo de sobresalto | Humildad | Don

**E**n este artículo quiero considerar la experiencia de sorpresa en el contexto de mi trabajo actual sobre las emociones. Aunque entre las vivencias cotidianas la experiencia de sorpresa es frecuente y parece comprensible de suyo, es una experiencia inconfundible que es cualquier cosa menos clara. ¿Tiene la sorpresa una afinidad con funciones y actos perceptivos o epistémicos en general? ¿Es una forma de creencia? ¿Qué relación guarda con el futuro? ¿Es un afecto? ¿Una emoción? ¿Qué relación guarda con las emociones morales? ¿Cómo se relaciona con un don <o un regalo>?<sup>1</sup>

Para abordar estos temas y asumir una posición inicial sobre el asunto, examino la sorpresa en términos de su estructura de creencia, elucidándola como un creer que no puedo creer, y en última instancia distinguiéndola del sobresalto (1). Luego sugiero que la sorpresa consiste en ser descubierto con la guardia baja que se relaciona con estar dirigido atentamente hacia algo (2). Con lo último, soy capaz de calificar la sorpresa como una emoción en su ser arrojada de vuelta hacia una experiencia en un modo que difiere del volverse afectivamente hacia algo (3). Lo anterior constituye la sorpresa como un desequilibrio que se distingue de una experiencia de desgarramiento como la que encontramos en las experiencias morales de la vergüenza y la culpa (4). Finalmente —y en contraposición a una interpretación común— distingo la sorpresa, que presupone orientación ‘futura’ como una expectativa, de un don, que es algo propio de la experiencia de humildad y que (aunque tiene su propia temporalidad futura) es aquella en la cual no se espera nada. Entonces soy capaz de sugerir que la sorpresa es una emoción sin ser ni un afecto, como el reflejo de sobresalto, ni una emoción moral, como la vergüenza, la culpa o la humildad.

<sup>1</sup> Lo que aparece entre los símbolos <> son adiciones mías que obedecen a dificultades de traducción. En este caso la expresión “don” traduce el término inglés “gift”. Opté por traducirlo de esa manera en el resto del artículo porque el autor remite a Derrida, quien usa la expresión francesa “don”. Sin embargo, cabe mencionar que el autor juega también con la acepción coloquial de este término en inglés, que se corresponde con el español “regalo”. [N. del T.]

## 1. LA ESTRUCTURA DE CREENCIA DE LA SORPRESA

Se puede caracterizar la sorpresa por su relación particular con el ser (*being*). Permítaseme describir esta relación al examinar su "estructura de creencia", especialmente en lo que concierne a los modos temporales de dación del futuro. Hago esto porque es común sostener que la sorpresa es una ruptura de lo que se espera.

### I. EXPECTACIÓN: ACEPTACIÓN DE LO QUE HA DE VENIR

En la tradición fenomenológica discernimos modos temporales de la conciencia del tiempo que se relacionan con el presente, el pasado y el futuro. En lo que concierne al futuro, podemos observar una "protención", o un esbozo anónimo del futuro que se basa en una ocurrencia presente y en cómo esa ocurrencia fue retenida en el pasado. Esto tiene lugar sin ninguna actividad egoica ni atención de mi parte a lo que ha de venir; tiene lugar a través de la "síntesis pasiva" del sentido. Una expectación es similar a una protención en la medida en que está abierta a una ocurrencia futural que llega al presente, y se despliega también desde el presente y el pasado. La expectación difiere de la protención, no obstante, en la medida en que la expectación es un comportamiento activo hacia el futuro. En relación con esto, se puede ver de qué manera una anticipación puede consistir en una atención más intensa al evento futural.

Por ejemplo, mientras corro hacia Times Square en la víspera de año nuevo, mis pasos protencionan un pavimento parejo; coloco un pie enfrente del otro sin siquiera pensarlo. Todo esto pasa mientras espero que el taxi se detenga para que yo pueda cruzar la calle; y esto tiene lugar mientras anticipo, al contener la respiración, que la bola descenderá en Times Square. Todas estas son orientaciones distintas hacia el futuro, aun cuando todas puedan ser vividas simultáneamente. Para discernir ahora cómo depende la sorpresa de esta orientación futural en las diversas modalidades de esta última, permítaseme describir la estructura de creencia inherente en tal modo de dación temporal futural.

En aras de la simplicidad, empecemos con la expectación. Algo intrínseco al acto de expectación es el hecho de que la existencia de algo futural es puesto (*posited*). La expectación se lleva a cabo en el modo de la creencia como una relación ininterrumpida, directa, hacia algo en el futuro. Cuando veo la patrulla con sus luces destellantes en el espejo retrovisor (tras saber que he ido demasiado rápido), tengo la expectativa de que ésta se colocará detrás de mí y que me dará una señal para que me orille. Cuando tengo esta expectativa, pongo implícitamente la existencia del oficial, la patrulla, las luces, la multa que llegará, etc. Esto es, el ser del oficial, y

así sucesivamente, es aceptado en términos del sentido o el significado que tiene en tanto algo que va a pasar; vivo en el modo de la aceptación natural, directa. Esta es otra manera de decir que cuando tengo la expectativa de algo, la tengo como de algo que de hecho va a suceder, no como de algo posible, ni como de algo que posiblemente va a pasar.

Cuando veo la patrulla la “pongo” o la acepto como de hecho estando detrás de mí y como a punto de detenerme; cuando me rebasa, yendo por el automóvil que tengo enfrente, acepto su pasar de hecho, su “va a detener a ese automóvil”. La expectación en todas sus formas no es una ruptura de la creencia; es otro tipo de creencia como un modo de la conciencia del tiempo, uno directamente orientado en la dirección del futuro de hecho. En la expectación, cuento con el evento futuro tal y como es prefigurado. Así, la expectación es un acto de creencia temporal que se orienta hacia el futuro como un modo de la conciencia del tiempo; surge como motivado sobre la base de lo que ha ocurrido en el presente y ha sido retenido en el pasado inmediatamente, es exigido por ello, o es enunciado en favor de ello.

16

Ahora, hay formas en las que esta aceptación futural directa puede modalizarse, atenuarse o modificarse. Por ejemplo, algo puede darse como algo que *posiblemente* va a ocurrir, como algo que es *plausible* que vaya a ocurrir, que *probablemente* va a llegar, y así sucesivamente. Por ejemplo, el experimento para encontrar el bosón de Higgs probablemente va a funcionar. O, si hay demasiados indicadores contrarios —digamos que el equipo no funcionó bien— tengo dudas de que funcionará esta vez. El punto aquí es que la plausibilidad, la posibilidad, la probabilidad, e incluso la duda tienen lugar dentro de una postura de creencia básica. Ahora, ¿qué hay de la experiencia de sorpresa en relación con una expectación? ¿Cómo caracterizamos su estructura particular de creencia?

## II. CREO LO QUE NO PUEDO CREER

Inicialmente podríamos querer decir que la sorpresa es la experiencia de lo inesperado, y de esta manera se puede muy bien cortar su relación con la creencia. Pero esto no es del todo exacto. De hecho, cuando nos sorprendemos, esto se suele sentir como un “no puedo creerlo”, un “no puedo creer lo que acaba de pasar”, o un “no puedo creer lo que está pasando”. Esta experiencia implica ser descubierto con la guardia baja. Por esta razón podemos incluso sorprendernos con relación a nosotros mismos (esto es, puedo también sorprenderme a mí mismo): no puedo creer lo que acabo de decir (digamos que perdí la compostura, ¡pero yo nunca pierdo la compostura!). O no puedo creer lo que acabo de decir; sé que lo dije (lo acepto), pero va en contra de lo que espero de mí mismo.

Si permaneciéramos simplemente con este aspecto de la experiencia

—en lo que podríamos llamar la descripción de la actitud natural— se ocultaría el proceso más profundo de constitución de sentido en la sorpresa. Lo que realmente tiene lugar en ella es un “estoy creyendo lo que no puedo creer”, o un “de alguna manera estoy aceptando lo que no puedo (de otro modo) aceptar.” Por ejemplo, nunca esperé una fiesta de cumpleaños, ¡pero aquí está! O de manera más trágica, no puedo creer que ella se haya quitado la vida, parecía tan feliz y tan exitosa, ¡pero lo hizo! En la sorpresa es como si lo que adviniera saliera de la nada, precisamente porque es de otro modo que como el flujo o desdoblamiento esperado de lo que ha de venir. Pero para que el evento sea experimentado como sorpresa todavía debo aceptarlo.

Si el “no puedo creer” fuera completamente decisivo y no viniera acompañado de un “creo lo que no puedo creer”, entonces tendríamos algo como un *shock* en lugar de la sorpresa. Aquí el evento no sería reconstituido y reintegrado en su actitud de creencia. En este caso experimentaríamos un “no puedo aceptar lo que no puedo aceptar”. Si no hubiera una aceptación de lo que no podría aceptar de otro modo —si la ruptura con la relación directa con el ser no fuera aceptada de alguna manera—, no viviría esta experiencia como una sorpresa.

Por esta razón, en la sorpresa encontramos constituida una aceptación de lo que ocurre en contra de toda expectación. Por este motivo la sorpresa es algo más o algo distinto de una mera percepción decepcionada, donde ciertos aspectos se modifican para producir un sentido coherente de la totalidad.<sup>2</sup>

Podríamos querer clasificar epistémicamente la sorpresa bajo la categoría de una percepción decepcionada, una decepción que surge a través de una ruptura o discordancia de corto o de largo plazo, que es reconstituida en su sentido de manera gradual. Pero en parte debido a su severidad, a su intensidad, y en parte porque surge en una reconstitución inmediata de sentido, la sorpresa se distingue de una decepción. Puesto en términos husserlianos más coloridos, podríamos decir que la sorpresa es la experiencia del “hacerse añicos” del nóema. Tal hacerse añicos del nóema en la sorpresa se ejemplifica en la película *The Crying Game*:<sup>3</sup> cuando Fergus (Stephen Rea) descubre que su nueva amante, la bella Dil (Jaye Davidson), ¡es un hombre, no una mujer! Lo que se requiere es una reconfiguración radical (y no gradual) del sentido: un sentido nuevo que suplanta al anterior (Husserl escribe sobre el sentido que es “arrojado de la silla de montar”), con la presencia del viejo sentido como siendo retenido en tanto que tachado.<sup>4</sup>

De esta manera, podemos discernir dos momentos de la experiencia de

<sup>2</sup> Ver Edmund Husserl, *Anlyses Concerning Passive and Active Synthesis: Lectures on Transcendental Logic*, Dordrecht, Springer, 2001. Trad. Anthony J. Steinbock, especialmente la primera división de la segunda parte.

<sup>3</sup> Esta película apareció con el título de *Juego de lágrimas* en México y España, y con el de *El juego de las lágrimas* en varios países de Hispanoamérica. [N. del T.]

<sup>4</sup> Ver Edmund Husserl, *Anlyses Concerning Passive and Active Synthesis*, ed. cit., especialmente la sección 7 de la segunda parte.

sorpresas en relación con su estructura de creencia. Por un lado, hay un “estar siendo descubierto con la guardia baja”, un “de otra manera” radical en relación con la expectativa y el desdoblamiento de sentido: un de otra manera expresado en el “no puedo creer”, el cual es la expresión noética relativa a lo que he denominado el “hacerse añicos” del nóema. Por otro lado, hay precisamente una creencia, una aceptación de la no-aceptación misma. En términos de la estructura de creencia, esta ruptura es más que una decepción; sin embargo, esta ruptura no es decisiva, pues viene acompañada por una creencia en lo que de otro modo no puedo creer.

### III. SOBRESALTO Y SORPRESA

---

 18

Quisiera distinguir con mayor precisión la sorpresa del sobresalto. En un ejemplo aun diferente, podemos imaginar que estamos profundamente concentrados mientras leemos un libro; luego, súbitamente alguien que acaba de entrar deja ¡que se azote la puerta! Brinco, estoy sobresaltado. El sobresalto es ciertamente una respuesta a una dación inesperada, a una ruptura, y es súbito; pero el reflejo de sobresalto en esta instancia tiene lugar afectivamente *sin ninguna reconstitución de sentido*. Esto tiene que ver con la instantaneidad del sobresalto. Aquí, el sobresalto tiene lugar bajo el umbral de la sorpresa y del *shock*. No es cuestión de no creer lo que no puedo creer (*shock*), o de creer lo que no puedo creer (sorpresa). Un sobresalto tiene lugar en un nivel de experiencia puramente pasivo, y por ello es apropiado hablar en términos de un reflejo de sobresalto. Lo que es más, como veremos abajo, mientras que la ‘repentinidad’ como experiencia temporal puede acompañar a la sorpresa, para tener una experiencia de sorpresa no es necesario que la repentinidad acompañe a la ruptura de la experiencia.

Por último, y en relación con lo anterior, mientras que el sobresalto puede acompañar con frecuencia a la sorpresa, podemos observar una diferencia entre el sobresalto y la sorpresa. Tomemos el ejemplo de la experiencia de una caja de sorpresas con un muñeco a resorte. Quiero sostener que nos sobresaltamos, y no nos sorprendemos, cuando giramos —especialmente los niños— la manivela de una caja de sorpresas: sabemos que el muñeco va a brincar, giramos una y otra vez la manivela, esperamos y esperamos (esperamos, sin saber precisamente cuándo), y luego “¡pop!”, el muñeco brinca. De hecho, si el muñeco no brinca (algo sale mal), nos decepcionaremos (y quizá nos sorprenderemos, pero no nos sobresaltaremos). Esto es como comprar un boleto para ir a un viaje o a un tour a una casa encantada: sabemos que nos asustaremos (¡o que nos sobresaltaremos!), pero no nos sorprende lo que ocurre. De hecho, lo esperamos. De nuevo, en lugar de ello podríamos sorprendernos (y ciertamente decepcionarnos) si la anunciada casa encantada fuera solamente un tour de puertas

abiertas de un agente inmobiliario. De manera similar, cuando la patrulla detrás de mí enciende sus luces, por lo menos tengo la expectativa de que me detendrá, de que me dará una señal para que me orille, etc., pero me sobresalto cuando enciende su sirena.

Hablando en términos temporales, por lo tanto, podemos decir que mientras que el sobresalto requiere el rasgo temporal de la repentinidad, la sorpresa no lo requiere. La repentinidad de la caja de sorpresas con muñeco a resorte es lo que contribuye al sobresalto, no lo inesperado *per se*. En contraste, puedo sorprenderme aun sin repentinidad. Por ejemplo, me sorprende, y me sigue sorprendiendo que mi amigo haya actuado de esta manera y que siga actuando de la manera en que lo hace, a pesar de que no hay nada repentino sobre esto. De hecho podría no ser inesperado del todo.

En resumen, una sorpresa tiene que ser entendida como algo más que una experiencia de una dación inesperada, aun cuando pueda serlo, y como algo más que un sobresalto. Mientras que un sobresalto no implica necesariamente una reconstitución de sentido, es repentino y es un reflejo (y puede aún mantenerse pasivo en este respecto), una sorpresa implica una reconstitución de sentido, no tiene que ser repentina (puede tener duración), y es iniciación en la actividad, como veremos abajo.

## 2. SER DESCUBIERTO CON LA GUARDIA BAJA Y VOLVERSE ATENTO

Permítaseme examinar ahora lo que ocurre en el ser descubierto con la guardia baja, así como en el aceptar lo que no se puede aceptar en la experiencia de sorpresa. Determinar esto tendrá implicaciones importantes respecto de si la sorpresa es una experiencia puramente pasiva (pasiva en el sentido de Husserl), o si ocurre en la transición a una esfera activa, egoica, o dentro de ella.

Podemos reconocer que no sólo porque una protención pasiva se interrumpa esta interrupción constituye una sorpresa. Advertí arriba que una protención es un bosquejar el futuro pasivo, pre-egoico, que se basa en una ocurrencia presente y en cómo esa ocurrencia se retuvo en el pasado. Por ejemplo, mientras tomo notas al leer un libro, mi comportamiento corporal se dirige implícitamente hacia lo que sigue —desde el sentarse en la silla, hasta el movimiento de mis manos y de mis ojos mientras sigo leyendo, todo lo cual puede llevarse a cumplimiento o a decepción por los eventos que vienen. Ahora, tomo un sorbo de té, alcanzando la tasa mientras sigo leyendo mi libro. Las tramas protencionales de mi mano me dirigen hacia donde puse la tasa la última vez. Pero no la encuentro ahí.

Todo esto puede suceder implícitamente al estar todavía concentrado en leer un pasaje. A pesar de que la protención está funcionando de cabo a rabo sin ningún juicio explícito o inferencia sobre este proceso, no es necesario que la sorpresa emerja si no encuentro mi taza. Por ejemplo, puedo llegar a



frustrarme, dirigir mi atención hacia la taza, y echar un vistazo alrededor; en este punto no necesariamente ha emergido la sorpresa, ya sea rompiendo, poniendo en cuestión, suplantando o suplementando el proceso temporal y cinestético de la protención. El que las cosas simplemente no vayan como lo hemos esperado no necesariamente significa que la situación sea sorprendente (o sobresaltante, para el caso). No todo no-cumplimiento (o decepción) de una expectación motiva un volverse egoico hacia algo.

Lo que es más, puedo tener una "experiencia" completamente "pasiva" que sea significativa en términos afectivos, sin ningún explícito volverse atentamente hacia algo. Por ejemplo, estoy escribiendo o concentrándome mientras leo un libro y hay un zumbido ligero del aire acondicionado. Me siento cada vez más tenso, pero no llego a ser consciente de esto sino hasta después de que ha chocado con un umbral; finalmente me doy cuenta de que estoy tenso, molesto, y de que el sonido estaba perturbándome, y de que era el molesto aire acondicionado. Al mirar retrospectivamente la situación me doy cuenta de que estaba ocurriendo pasivamente, y advierto ahora que entonces estaba sintiendo el sonido "afectivamente", pero nunca se registró como tal. O podemos tomar un ejemplo diferente. Digamos que voy conduciendo y que estoy acostumbrado al golpeteo repetitivo de mis llantas sobre la autopista. Es como si estuvieran trabajando afectivamente sobre mí; el golpeteo se vuelve una protención de una irregularidad que en conjunto se vuelve tan regular que su ritmo me hace confiar en esperar lo irregular como regular, y sólo me percató de él cuando ya no está presente. Cuando en efecto me vuelvo hacia él con atención, lo hago solamente por curiosidad, pero no estoy ni sobresaltado ni sorprendido.

Permítaseme abordar este último punto, a saber, el de la posibilidad de un volverse atento en la transición de la síntesis pasiva de sentido a una constitución más "activa" o "egoica" de él. Hay muchas formas de semejante volverse-atento-hacia, pero sólo una pertenece a la sorpresa. Claramente un sobresalto puede servir como transición hacia un volverse activo. Un estallido ruidoso, por ejemplo, puede ser tan prominente afectivamente que me vuelvo inmediatamente hacia la puerta y lo advierto como tal. Aquí podríamos tener un movimiento desde el sentido pre-constituido de la puerta hacia el sentido constituido activamente, donde la puerta se azotó, y la persona pasó por ella.

Pero también en el recuerdo se puede encontrar una experiencia transicional rudimentaria. Por ejemplo, escucho a mi amigo hablar de una planta especial, y luego la mención "helecho" me recuerda, afectivamente, mi tiempo en el bosque virgen, y soy llevado a recordar activamente los helechos en el bosque costero. Por consecuencia, un volverse afectivamente hacia algo que es liberado afectivamente puede instigar una nueva experiencia, y como tal, puede provocar la emergencia de un nuevo objeto.

Pero lo característico de la sorpresa en este respecto es que no puede servir solamente como transición de lo que se da pasivamente a lo que se experimenta activamente; no sólo instiga a una nueva experiencia en la



reconstitución de sentido: en el descubrirme con la guardia baja, *me arroja de vuelta sobre la experiencia*. Puede despertar mi curiosidad y llevarme a examinarla más, pero no es necesario que ello ocurra para que sea una sorpresa. Basta con que en el estar vuelto hacia el evento no sólo me vuelva hacia él, sino que sea arrojado de vuelta hacia ese segmento de experiencia que es relevante. Este es un volverse activo y un volverse de vuelta sobre una experiencia a través de la cual la sorpresa instiga actividad —aun cuando el volverse y el ser arrojado de vuelta hacia la experiencia no es un esfuerzo voluntario de parte del ego. De hecho, tener el control de la experiencia de esta manera mitigaría la misma experiencia de sorpresa; en efecto, la tachadura que tiene lugar, la tachadura retroactiva y reconfiguración de sentido, ocurre pasivamente, sin que yo haga activamente nada.

El punto ulterior que quisiera sugerir aquí es que si la sorpresa ocurre, no puede nunca ocurrir como tal en un nivel meramente “pasivo” o como una mera ruptura en la concordancia pre-reflexiva pasiva asociativa. O bien ocurrirá como una transición de un nivel pasivo a un despertar activo, o bien funcionará dentro de la esfera activa, resultando en un volverse atento. Esto también apunta al nivel pasivo de la experiencia en el cual ocurre el sobresalto, y al contexto-significativo más activo en el que ocurre la sorpresa. Así, distingo entre el ser descubierto con la guardia baja, que es característico de la experiencia de sorpresa, y el sobresalto, que como experiencia es completamente pre-egoico.

### 3. LA SORPRESA COMO UNA EMOCIÓN

Husserl ha mostrado que todo lo que llega a ser liberado como una unidad de sentido lo hace como un alivio afectivo y como ejerciendo un atractivo (*allure*) afectivo en quien percibe.<sup>5</sup> No es necesario repetir estas investigaciones aquí; basta con advertir que la sorpresa comparte una tonalidad afectiva con las experiencias estéticas y cinestésicas. ¿Pero qué tipo de tonalidad afectiva tiene la sorpresa? ¿Exhibe una valencia distintiva? ¿Puede ser considerada una emoción? Si es así, ¿en qué sentido? ¿Puede ser considerada como una emoción moral?

Aun si nos opusiéramos a los análisis y a las conclusiones de Husserl y de Merleau-Ponty (y a los de otros pensadores también) que sugieren que la percepción ya es afectivamente significativa, se nos tendría que presionar fuertemente para afirmar que la sorpresa es afectivamente neutral. El hecho de que la sorpresa es, bueno, “¡sorprendente!”, sugiere ya que porta algo de resonancia afectiva en la experiencia misma.<sup>6</sup> En una sorpresa, ¡somos

<sup>5</sup> Ver Edmund Husserl, *Analyses Concerning Passive and Active Synthesis*, ed. cit, parte 2, apartado 3.

<sup>6</sup> Si examinamos una discordancia de una experiencia que de otro modo sería concordante, digamos, al descender unas escaleras mientras se conversa con un amigo, un mal paso puede constituir

conmovidos! Antes de avanzar respecto del estatus de la sorpresa como una emoción o no, dirijámonos a su valencia.

Por valencia entiendo la tonalidad positiva, negativa o neutra de la experiencia, o en general su "resonancia-de-sentimiento" (*feeling-resonance*). Por ejemplo, cuando experimentamos vergüenza, no importa a qué se refiera la vergüenza, esta emoción siempre viene acompañada o coloreada por una valencia negativa. Incluso si quisiéramos experimentar vergüenza, deseáramos esta cualidad negativa. En contraste, la esperanza se da siempre con una valencia positiva, lo mismo que el amor. Independientemente de que el orgullo sea algo que deberíamos o no experimentar, siempre se da con una valencia positiva. Sería posible proporcionar otros ejemplos, pero quiero volverme a la instancia de la sorpresa.

Lo interesante de la sorpresa en lo que concierne a su valencia es que ésta no puede ser especificada por adelantado. Pero esto no equivale a decir que es neutral. En una sorpresa nos conmovemos; un sujeto meramente racional nunca podría experimentar sorpresa. Sin embargo, en la sorpresa podemos conmovernos de diferentes maneras. La experiencia de sorpresa puede darse con una valencia positiva (un ser amado aparece en mi puerta), o con una valencia negativa (mi amigo de la preparatoria se quitó la vida), o con una valencia indeterminada (mi mejor amigo acaba de proponerle matrimonio a mi hermana, y "no sé cómo me siento al respecto").

Si el sobresalto es significativo afectivamente, y sólo de esa manera, ¿cómo caracterizamos a la sorpresa? Quiero sugerir que la sorpresa pertenece a la esfera de las emociones (y que no es un mero afecto). Arriba advertí algunas diferencias entre el sobresalto y la sorpresa, a saber, a diferencia de un sobresalto, una sorpresa implica una reconstitución de sentido a través del ser arrojado de vuelta a la experiencia; tiene lugar como una transición de la esfera pasiva a la activa, o dentro de la actividad; lo que es más, el ser súbita no es un rasgo esencial de la sorpresa. Pero hay una diferencia más fundamental, una que la caracteriza como una emoción: la sorpresa exige un retomar originador (*an originating take up*) como una aceptación de lo que no se acepta —lo que no significa que esto sea un proceso activo de deliberación. La sorpresa es algo más que una experiencia de una dación inesperada, aunque puede ser lo anterior, y más que el volverse hacia un atractivo afectivo y, por lo tanto, más que una función vital afectiva. Más bien, mientras que la sorpresa presupone una ruptura o una expectativa decepcionada, y es al menos un tipo de volverse hacia algo como una iniciación en la "actividad", y mientras que un cierto venir a liberarse

una ruptura de esa experiencia de caminar, y si estoy muy metido en la conversación, puedo no advertir el mal paso hasta que he reflexionado sobre lo que pasó —sobre cómo raspé mis zapatos, por ejemplo, o cómo me lastimé la rodilla. Incluso si algo se pone en mi camino y tropiezo, y luego vuelvo a recuperar mi posición, esto puede ser inesperado, incluso puede ser una ruptura de mi forma de andar, ¿pero sería necesariamente constituido como una sorpresa? Pienso que no, pues el que las cosas no vayan según la forma en que esperamos que sigan su curso no necesariamente significa que esto sea sorprendente. Esto es, podríamos experimentar una ruptura de la experiencia, y esta ruptura o discordancia (como una anomalía de la concordancia) podría ser integrada meramente en un nivel pasivo de experiencia.

afectivamente puede ser un prerrequisito para la sorpresa, la experiencia de la sorpresa es aun algo diferente de ello. Es un conmovido despertar a algo o volverse hacia algo, el cual es en sí mismo una respuesta "original" o "creativa", un creativo retomar un evento afectivamente significativo, un creativo retomar un ser o no-ser emergente en la forma única de aceptar lo que no puedo aceptar como alegre, placentero, doloroso, triste, o de manera indeterminada. Todo esto ocurre sin ser un proceso que tenga lugar a través de un juicio o de una reflexión sobre la situación.

Así, la sorpresa pertenece a la esfera de las emociones, como algo que es más que la experiencia de una mera ruptura, decepción, falta de cumplimiento, o de algo inesperado, y como más que un reflejo de sobresalto. Por consiguiente, la sorpresa es una emoción debido a la forma creativa en la que retoma o acepta la situación en la que somos sorprendidos. El hecho de que esto o aquello pueda o no sorprender sugiere que es operativa en el nivel de la persona en algún sentido. Pero esto no quiere decir que se elabore o se viva como una emoción moral o interpersonal.<sup>7</sup> En la sorpresa soy descubierto con la guardia baja y soy arrojado de vuelta a la experiencia. Quisiera examinar esto con más detalle. Para ello, caracterizaré este doblarse de vuelta a la experiencia, propio de la sorpresa, como un "desequilibrio", y lo contrastaré con una experiencia "de desgarramiento" que ocurre en algunas emociones morales (aunque no en todas).

#### 4. DESEQUILIBRIO Y DESGARRAMIENTO

Separo la sorpresa, como una emoción, del campo de las emociones morales. Por emociones morales entiendo aquellas emociones que son esencialmente interpersonales o que surgen en un nexo interpersonal.<sup>8</sup> He distinguido los afectos de las emociones y, específicamente, de las emociones morales. Los afectos pertenecen a quienes somos en tanto que seres psicofísicos, pertenecen al ámbito donde encontraríamos experiencias como el placer o el dolor, el estar inquieto, la excitación, el nerviosismo —todas en tanto que pertenecen al reflejo, e incluso a metas y motivos. Aquí es donde ubicamos el sobresalto. Entre las "emociones", incluyo experiencias como el arrepentimiento, el remordimiento, el optimismo, el pesimismo, el disgusto, la sinceridad, y la sorpresa. Sin ser emociones morales, las anteriores son emociones, pues pueden ocurrir sin que en tales experiencias haya ninguna relación esencial con la "otredad". Son emociones, sin embargo, porque todas ellas presuponen un "orden" o incluso un "desorden" del corazón en esta esfera cuando se apropian

<sup>7</sup> Ver Anthony J. Steinbock, *Moral Emotions: Reclaiming the Evidence of the Heart*, Evanston, Northwestern University Press, 2014.

<sup>8</sup> *Ídem.*

creativamente de un evento, sin que esto requiera de un proceso de toma de-decisión racional o de enjuiciamiento volitivo. Lo "moral" que aquí califica a las emociones en el caso de las emociones morales designa la dimensión interpersonal de la experiencia (no si es buena o mala).

En la siguiente sección distingo una sorpresa (dada como emoción en la experiencia de la sorpresa) de un don (dado como emoción moral en la experiencia de humildad). Pero antes de hacer esto, para darle a la sorpresa un contorno más preciso, también quiero distinguir su estructura interna como emoción de otras emociones como el bochorno, la vergüenza, la culpa y otras semejantes, que son *experiencias de desgarramiento* (*diremp-tive experiences*). La diferencia tiene que ver con ser arrojado de vuelta a la experiencia, en el primer caso, y ser arrojado de vuelta hacia mí mismo ante otro, en el segundo caso.

## I. EXPERIENCIAS DE DESGARRAMIENTO

---

24

Una experiencia de desgarramiento es una experiencia en la que me doy a mí mismo, como en tensión, con un sentido básico de mí mismo ante otro u otros. Las experiencias de desgarramiento son emociones morales, pero no todas las emociones morales son experiencias de desgarramiento. Por ejemplo, el arrepentimiento, la humildad, el amar y el confiar no son experiencias de desgarramiento, aunque sí son emociones morales.

Una experiencia de desgarramiento puede ocurrir o bien como una mera infracción o ruptura (una anomalía) respecto de por quién me tomo, o como una rivalidad o reto más substancial respecto de quién soy. En el primer caso tendríamos un bochorno, a saber, una "mera" discordancia de una orientación dinámica [concordante] respecto de quién soy yo. Digamos, por ejemplo, que me presento en la casa de alguien y descubro que tengo agujeros en mis calcetines. Si tal situación produce bochorno (por supuesto, no es necesario que lo haga), es porque se da como una infracción de mi carácter general (para mí) en tanto que alguien que se viste bien. Sin embargo, sólo es una infracción, una violación incidental. Con todo, es significativo que ello baste para arrojarme de vuelta a mí mismo como frente a otro: por lo común me visto bien, pero ahora tengo agujeros en mis calcetines, y mis amigos lo ven, y yo los veo darse cuenta de ello. Puedo disculparme, o inventar una excusa, o simplemente ruborizarme: me siento incómodo porque esto ha violado de algún modo un sentido de mí mismo ante un otro.

La culpa, la vergüenza y la humillación son otros tipos de experiencias de desgarramiento. Permítaseme concentrarme en la vergüenza debido a su parentesco con el bochorno. Aunque la vergüenza está emparentada con el bochorno como una experiencia de desgarramiento, es fenomenológicamente distinta. En este caso, el desgarramiento es vivido como más que

una mera infracción porque el evento o la acción amenaza con una “re-configuración” de mi carácter. Por un lado, hay ahora dos (o al menos dos) formas de ser en competencia: por ejemplo, de una parte, una persona que viste bien, y de otra parte, alguien que no puede cuidar de sí mismo o que quizá sea “pobre” (donde la pobreza es aceptada como un valor negativo comunal). El punto aquí es que en lugar de que la desgarradura sea incidental en relación con quien siento que soy, la experimento como una reflexión sobre mi carácter. No obstante, aun cuando ahí hay potencialmente en competencia dos órdenes o formas de ser como desorientación de mi orientación, con todo, “sólo” hay una amenaza de reorientación completa. Esto se debe a que las dos formas de ser vivido en este momento no se dan en el mismo nivel; una es experimentada como más básica que otra. En cambio, a través de la vergüenza me revelo a mí mismo ante otros o ante un otro, abriendo la posibilidad de auto-crítica. Mientras que la vergüenza siempre es una experiencia con una valencia negativa, puede proporcionar la posibilidad de una reorientación positiva hacia quien yo soy “verdaderamente”, y así puede abrir la posibilidad de una auto-crítica genuina. En suma, sin (1) esta co-dación y (2) sin que una de estas daciones sea más básica, no habría vergüenza, sino meras formas alternativas de ser; no experimentaría ningún tipo de desgarramiento.<sup>9</sup>

Examinemos ahora la experiencia de sorpresa. Voy a la casa de un amigo, me quito mis zapatos, ¡y descubro que tengo un agujero en mi calcetín! ¿Qué ocurrió? Me sorprende de descubrir que tengo tal agujero, ¡pues estos calcetines eran nuevos! Si esta es una cuestión de sorpresa, puedo estar sorprendido sin estarlo ante ningún otro, real o imaginario. Más aun, la sorpresa puede ocurrir sin tener ninguna reflexión sobre mí mismo. Ciertamente podría reflexionar subsecuentemente sobre lo que hice, a saber, ponerme los calcetines equivocados, o sobre que quizá mi zapato hizo por fricción un hoyo en el calcetín, y así sucesivamente, pero esto no es esencial a la experiencia de sorpresa.

Caracterizo a la experiencia de sorpresa como un “desequilibrio” porque en ella soy descubierto “con la guardia baja” y soy arrojado de vuelta sobre la experiencia, no sobre mí mismo; por decirlo de algún modo, estoy ante la experiencia, arrojado de vuelta sobre ella, pero no necesariamente ante otros, y no soy necesariamente arrojado de vuelta sobre mí mismo. En lugar de ello, simplemente estoy desorientado con relación a mi orientación previa. De este modo, la sorpresa no es ni una experiencia de desgarramiento, ni una emoción moral. En pocas palabras, no me revela a mí mismo como estando ante un otro, pero sí me descubre con la guardia baja y me arroja de vuelta sobre la experiencia.

<sup>9</sup> Ver Anthony J. Steinbock, *Moral Emotions: Reclaiming the Evidence of the Heart*, ed. cit. Capítulo 2. La vergüenza y la culpa (al igual que el orgullo) pertenecen al orden de las emociones de la auto-dación. La vergüenza es auto-revelatoria (como lo es la culpa), mientras que la sorpresa no lo es.

## II. LA SORPRESA Y EL DON

Es un lugar común asociar la sorpresa y el don <o el regalo>. Incluso Jacques Derrida, conocido por análisis muy cuidadosos y sutiles, aseverará, como si fuera auto-evidente, que el don <o el regalo>, "si hay alguno", tiene que albergar la estructura de la sorpresa precisamente como algo que irrumpe y es imprevisible.<sup>10</sup>

Para precisar la experiencia de la sorpresa, comencé con el rol de una protención y expectación. Una experiencia de sorpresa debe tener tal orientación futural para que pueda ser puesta en cuestión. Sin embargo, aunque este es un componente necesario, no es todo lo que se requiere para que emerja una sorpresa. Si una sorpresa emerge como algo inesperado, ello se debe en parte al modo de dación temporal que en general podemos llamar expectación. Para delimitar más la experiencia de la sorpresa, me gustaría distinguirla de la experiencia de un don <o un regalo>. Lo hago porque a menudo asociamos un don con algo sorprendente (como hace el mismo Derrida, a saber, "la sorpresa del don"). Mi punto aquí es que mientras que la sorpresa tiene lugar en correlación con la experiencia de sorpresa como emoción, un don <o un regalo> surge en correlación con la experiencia de humildad como emoción moral.

Mientras que amar es una apertura hacia cualquier otro de la manera más profunda y personal, y por consiguiente, se da como una emoción moral, la humildad es la forma en que espontáneamente nos recibimos a nosotros mismos (de la manera más profunda) al amar. Al igual que el amar, la humildad es relacional, y me revela a Mí Mismo (*Myself*) como algo no auto-fundante.<sup>11</sup> Esta reducción a Mí Mismo en la humildad ("Mí Mismo" como dándose por otro ante otro, como relacional, como no auto-fundante) es expansivo, interpersonal; de tal manera que me acepto desde otro, como aceptando el darse de otro y las contribuciones de otros a lo que hago y a quien soy. Así, aun si desde la perspectiva del orgullo me "pierdo" o me "olvido" de mí mismo, en la humildad "yo" me recibo como una recuperación de Mí Mismo como relacional, pues la humildad es la manera en que estoy auto-dado (*self-given*) en el proceso de aceptar o recibir. A diferencia del orgullo, la humildad es la experiencia del carácter no-auto-fundante de quien soy. Más aún, a diferencia de otras emociones de auto-dación, a saber, el orgullo, la vergüenza y la culpa, en la humildad no estoy auto-dado en una forma temática. Y a diferencia de la vergüenza y de la culpa, no estoy dado a mí mismo en una experiencia de desgarramiento. No obstante, me doy como habiéndome recibido a Mí Mismo.

<sup>10</sup> Jacques Derrida, *Donner le temps. 1. La fausse monnaie*, Paris, Galilée, 1991, pp. 152-57; 186-90; 198.

<sup>11</sup> A propósito de esta noción de "Mí Mismo", véase mi *Moral Emotions: Reclaiming the Evidence of the Heart*, ed. cit. En mi última obra, *Vocations and Exemplars*, he reinterpretado y clarificado el "Mí Mismo" como el "Amado" (*Be-loved*).



Empecé con consideraciones de temporalidad, especialmente en el modo de la expectación, con miras a explicar la experiencia de sorpresa. Para que algo sea experimentado como sorpresa, tiene que haber en juego una expectación. ¿Qué ocurre con la humildad? ¿Qué tipos de modos temporales o de modos de daciones temporales están en juego? ¿Qué es lo que se da en la humildad?

Es importante reconocer que no toda apertura futural de una experiencia es una expectación o está fundada en una. Esperar (*hoping*)<sup>12</sup>, por ejemplo, tiene un sentido temporal diferente de una expectación. Cuando espero, no tengo una expectativa ni aguardo algo; por el contrario, lo que caracteriza el esperar es ser un sostenible esperar-duraderamente. Mientras que puedo decepcionarme porque no surge un objeto o evento esperado, no me sorprendería que lo designado como imposible no ocurriera.<sup>13</sup>

Como caso extremo, el modo temporal del futuro como expectación no está en juego de ninguna manera en la humildad. De manera más general, la humildad tiene diferentes modos temporales de dación que he designado en otro lugar "presente-en" (*present-at*), "recordar por adelantado" (*remembering ahead*), y devoción. Esto es, dado que la humildad (o ser humilde) es calificada como una apertura hacia lo que es dado, así como una recepción o aceptación de ello, su modo de temporalidad en relación con esta apertura, aceptación y recepción es el de la "presencia-en". Este tipo de "presencia-en" se refleja en el estar agradecido por <algo>. En segundo lugar, la humildad no sólo se relaciona con la manera en que algo es aceptado o recibido, sino que es también una manera en la cual me recibo a mí mismo en y a través del estar orientado-hacia-otro, y la manera en la cual me recibo a Mí Mismo como habiéndome dado a mí mismo antes de ser capaz de elegirme a mí mismo. Si entendemos de esta forma el recibirme a Mí Mismo, entonces podemos hablar de una forma de darse caracterizada como una "recepción ante-memorial" (*ante-memorial reception*). Finalmente, dado que la presencia-en no motiva que nada nuevo venga, no anticipa más que el estar agradecido por <algo>, y no es vivido como una expectación. No obstante, hay en la humildad un sentido futural, pero este se relaciona con la recepción de lo que es dado y con la aceptación de lo que sea que venga, sin que sea una anticipación de lo que va a venir. Futuralmente, es una especie de "aceptar-por-adelantado" sin fin anticipado. Aceptar-por-anticipado no es una mera experiencia pasiva, sino que es algo vivido "activamente" como una devoción hacia alguien o algo. Así, aun cuando la humildad no se orienta temporalmente como expectación, sí tiene un sentido temporal, a saber, el de aceptar-por-anticipado como devoción.<sup>14</sup>

Mi tesis principal aquí es que en la humildad no experimento una

<sup>12</sup> En lo siguiente reservo la expresión "esperar" para traducir "*hoping*", y uso expresiones compuestas emparentadas con la de "tener expectativa" para traducir "*expecting*". [N. del T.]

<sup>13</sup> Podríamos llevar a cabo un análisis similar para el confiar o el arrepentirse, por ejemplo. Véase mi *Moral Emotions: Reclaiming the Evidence of the Heart*, ed. cit., especialmente el capítulo 5.

<sup>14</sup> *Ibid.*, cap. 8.



expectación como la que uno podría encontrar cuando se trata de un asunto de cumplimiento de una intención, de la anticipación de un retorno, o en general de lo que podemos llamar “frutos merecidos” (*just deserts*). Al ser humilde, experimento que no merezco nada. Sin embargo, el experimentar que no merezco nada no se basa en una depreciación de mí mismo (en cuyo caso el foco estaría todavía en mí mismo), sino que se funda en el desbordamiento o la superabundancia de lo que es recibido o aceptado. En la humildad, no tengo “frutos merecidos” en el doble sentido de que la humildad no es una cuestión de justicia (como adjudicación por parte de un tercer partido), y no me dispongo a mí mismo hacia otro con la expectativa algo a cambio, con la actitud de que merezco esto o aquello. Así, no hay decepción en la humildad. De hecho, lo que caracteriza a la humildad es tal recepción, o aceptación, sin “frutos merecidos”. No tengo la expectativa de recibir algo de regreso por mis esfuerzos; no hay motivación de mérito, grande o pequeño; no hay cuestión de justicia o injusticia para mí, recibida o hecha; no hay expectación de un cumplimiento a través de lo que intenciono, no hay decepción, ni ruptura.

28

Porque en la humildad no hay expectación de mérito, y no hay expectación de recibir de vuelta. Esto no equivale a decir que como persona humana no tengo expectativas, por ejemplo, mientras me muevo alrededor de un objeto. Más bien, en tanto que viviendo humildemente, no hay nada de lo que tener expectativas. Esta es la razón por la cual la decepción no opera en la humildad como emoción moral. ¿Qué es lo que experimentamos en esta situación? Sugiero que no es una sorpresa, no es una ruptura con una expectación, no es lo “inesperado”, sino que lo que es aceptado es recibido como don. No tener expectativa de nada en la humildad significa en la esfera moral que no merezco nada, y esta es la razón por la que en la humildad todo es recibido como don.

De manera semejante, cuando uno recibe con humildad, lo que recibe es recibido como un don <o un regalo>; sólo *post facto* es algo que “hace humilde”; sólo tras el hecho me siento a mí mismo como “no merecedor” —lo cual no encontraría fin para la humildad. De nuevo, la humildad no admite intención, ni cumplimiento, ni decepción en el sentido perceptual usual. Consecuentemente, Scheler escribe que en la humildad uno acepta todas las cosas con agradecimiento, desde el placer más sutil hasta la bendición más magnífica; hacemos esto sin imaginar nunca que merecemos siquiera la parte más pequeña.<sup>15</sup> La persona humilde no se detiene a pensar en el orden adecuado de las cosas, sino que acepta lo que viene con gratitud y sin reparar en el mérito.

Digamos que de la nada recibimos un poema de amor de parte de un enemigo. En un nivel, esta misma cuestión podría ser experimentada como sorpresa y producir una experiencia de sorpresa (donde podría tratarse de la ruptura de una expectación, podría ser recibida como inesperada,

<sup>15</sup> Max Scheler, *Vom Umsturz der Werte: Abhandlungen und Aufsätze*, Bern, Francke Verlag, 1955, p. 18.

etc.), y en otro nivel, puede ser recibida como un don <o un regalo> en la experiencia de humildad. En su totalidad, el poema podría ser experimentado como un don <o un regalo> sorpresivo. Pero estos niveles son distintos fenomenológicamente, y además no es necesario que se den juntos. Puedo experimentar algo como sorpresa sin que sea dado como don <o regalo>, y puedo experimentar algo como don <o regalo>, sin que sea una sorpresa. De esta manera, la sorpresa como emoción no es una emoción moral —como es evidente en su yuxtaposición con la humildad— y una sorpresa no se puede reducir a un don <o un regalo>, ni viceversa.<sup>16</sup>

El problema que da pie a la identificación de la sorpresa y el don <o el regalo> se origina en parte por ignorar la relación entre el amar y la humildad como distintas emociones morales características de las personas en las que el don <o el regalo> puede aparecer como tal. Mi “intención” (contra Derrida) no está vuelta hacia el don <o el regalo> —en lo cual éste resulta imposible— porque no es cuestión de intencionar un don <o un regalo>. Es una cuestión de amar y de humildad. Lo que es más, el amar y la humildad no son “intenciones” —al menos en cualquier sentido epistémico ordinario. Hay en efecto diferentes modos de dación.<sup>17</sup> Sin duda, no se trata de cambiar los términos (de “intención” a “orientación”). El punto, sin embargo, es que amar es un movimiento en el cual la persona se revela, no como objeto, sino como amada (*beloved*). Es la relación interpersonal en la cual el don surge al no apuntar al don, en el amar al amado. Está más allá de la sorpresa y de la no-sorpresa. El “sujeto” en efecto no da ni recibe un don <o un regalo>, porque no se trata del sujeto, y no se trata de apuntar a un objeto; más bien, concierne al nexo interpersonal, y el nexo interpersonal, en el cual el don <o el regalo> aparece como tal.<sup>18</sup>

## CONCLUSIÓN

En este artículo se ha intentado delimitar la experiencia de la sorpresa, y examinar algunos de sus rasgos estructurales en relación con las esferas epistémica y emocional. He hecho esto al examinar la relación de la sorpresa con el ser en tanto que una estructura-de-creencia, a saber, como un aceptar o creer lo que no puedo creer. Luego hice notar que la sorpresa es un ser descubierto con la guardia baja, y un volverse atentamente hacia algo, pero de tal manera que soy arrojado de vuelta sobre la experiencia. La sorpresa

<sup>16</sup> <Al ser humilde> puede ocurrir que epistémicamente “tenga expectativa” de que alguien me pueda agradecer por algo que hice (conociendo su carácter), pero, de hecho, no tengo nunca ninguna expectativa en absoluto por lo que hice, ni siquiera de algún tipo de reconocimiento, y en este sentido, ni me cruza por la mente “tener expectativa de agradecimientos”.

<sup>17</sup> Ver Anthony J. Steinbock, *Phenomenology and Mysticism: The Verticality of Religious Experience*, Bloomington, Indiana University Press, 2007, “Introduction”; ver Anthony J. Steinbock, *Moral Emotions: Reclaiming the Evidence of the Heart*, ed. cit., “Introduction”.

<sup>18</sup> Cf. Jacques Derrida, *Donner le temps*, ed. cit., p. 29.

como emoción difiere de un sobresalto, que opera como un afecto, en varios aspectos: el sobresalto no requiere reconstitución de sentido, mientras que la sorpresa sí, especialmente en la medida en que en la última estoy arrojado de vuelta sobre la experiencia; el sobresalto siempre es súbito, mientras que no es necesario que la sorpresa lleve la marca de lo súbito; el sobresalto puede mantenerse en la esfera pre-judicativa pasiva, mientras que la sorpresa siempre opera o bien dentro de la actividad, o como una transición del nivel pasivo al nivel activo de conciencia; y el sobresalto es un reflejo, mientras que la sorpresa como experiencia es una emoción que presupone un retomar original o "creativo" de una situación, aun cuando tal respuesta creativa se mantiene pre-judicativa.

Empero, aunque la sorpresa puede considerarse una emoción, no es una emoción moral. La primera lleva la marca de un desequilibrio emocional (constituido al ser arrojado de vuelta sobre una experiencia) que difiere del ser arrojado de vuelta sobre mí mismo ante otro, o lo que denomino una experiencia de desgarramiento (como lo encontramos en ciertas experiencias morales, por ejemplo, en el bochorno y la vergüenza). Por último, aun cuando podemos tener algo así como "un don <o un regalo> sorpresa", el don <o el regalo> como tal se da en la emoción moral de la humildad (que tiene una temporalidad futural distinta a la de una expectación epistémica), y difiere de la sorpresa, que se da en la experiencia emocional de la sorpresa, y que sigue presuponiendo el modo temporal de la expectación. Concluyo que mientras que la sorpresa no es, por un lado, ni un reflejo de sobresalto afectivo, ni por otro lado, una emoción moral interpersonal, puede ser caracterizada como una emoción.